



# LA ULTIMA NOCHE DEL "CAROLINA"

ROSA MONTERO

¿Por qué han cerrado el Carolina? Los periódicos dicen que la Policía hizo una redada el viernes, 21 de noviembre, y que en el transcurso de ella se encontraron ilegalidades suficientes. Verbi gratia, la presencia en el local de 25 menores (la edad mínima son los 16), el hecho de que las puertas de urgencia tuvieran la llave echada, o la recolección de un heterogéneo material, a saber: cuatro jeringuillas hipodérmicas, cuatro navajas, doce barras de hachís, librillos de papel ad hoc y un destornillador. Total, cierre policial durante un par de

meses, amén de 45.000 pesetas de multa mientras tanto. Pues bien, pese a todas estas causas descritas, yo esto del cierre no lo entiendo.

Por si no lo saben, les diré que el Carolina es el local de moda de Madrid. Es muy antiguo, pero antes era un sitio casposo, una discoteca cutre para jóvenes parejas en vísperas de matrimonio, y ahora, en cambio, es un sitio casposo, una discoteca cutre para jóvenes sin pareja y en vísperas de la más perfecta nada: es una magnífica adecuación a los tiempos que corren. El Carolina está en Estrecho, barrio popular donde los haya, y ofrece el insólito atractivo de presentar grupos de rock en vivo cada noche por un precio relativamente módico. El Carolina es enorme, tiene osamenta de cine tomado al asalto, con un repecho en plan sillones de entresuelo, pero sin sillones, desde el que las masas pueden otear el horizonte, localizar a los amigos y enemigos de la sala, practicar un voyeurismo inocente sobre los que bailan en la pista -directamente bajo el repecho- o simplemente desfallecer en un territorio neutral, más libre de pies y de gentío. El Carolina tiene un público diverso, muy joven por las tardes, joven moteado de progres carrozas por las noches. Pero, en cualquier caso, es un local razonablemente pacífico en el que ha habido pocos altercados; la agresividad de los carolineños suele limitarse al atuendo, a contorsiones frenéticas en la pista o al acodamiento chulapón en la barra, con un gesto de despectiva y ficticia dureza prendido a los labios. Por eso

digo que no entiendo el porqué del cierre del local.

(Bien mirado, lo que más me inquieta y aperpleja es el detalle del destornillador, artefacto verdaderamente útil en esta vida que llevamos, que está absolutamente llena de tornillos; yo misma, sin ir más lejos, llevo un destornillador en el coche, y a lo peor esto es causa suficiente para que la Policía me precinte el Citroën por dos meses. Claro que dirán que no es lo mismo llevarlo en una guantera que en el bolsillo del tejanero, pero afrontemos por un momento la hipótesis de que el chico-a que portaba tal herramienta tuviera una moto, y que necesitara un destornillador para apretar el tornillo de su vehículo, que algún tornillo tendrá, aunque yo de motos no entiendo ni palabra, y que el chico-a llevara el chisme encima porque no va a dejarlo en la ducatti o el vespino, porque ya se sabe que no hay destornillador que mil años dure y que hay mucho chorizo suelto por las calles.)

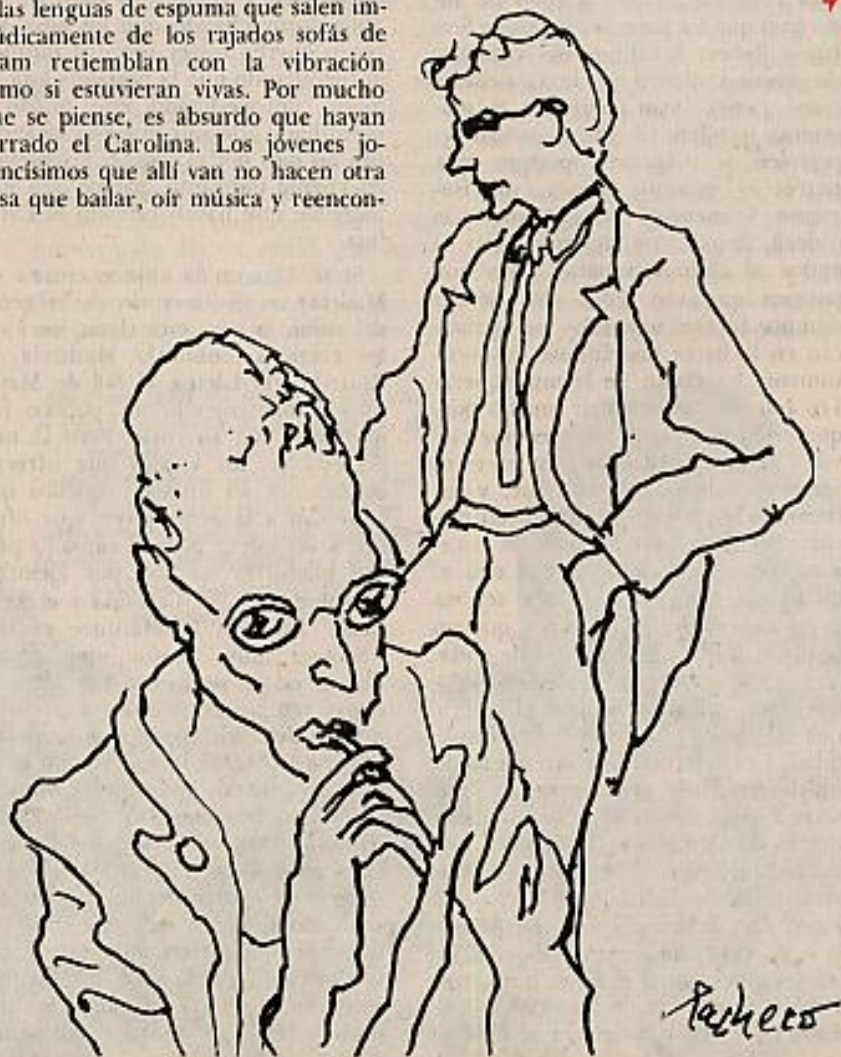
Ya lo dicen Moncho Alpuente y sus Kwai en la canción que han dedicado al Carolina y que ha hecho verdadero furor: «vamos con toda la basca a la corte monegasca». Moncho, treintañero subido y moderno irredento, es hombre que ha salido de la nada para llegar a la más absoluta miseria. Desde que fue «madre del cordero» en el rock marginal de finales de los sesenta hasta alcanzar esta nueva subterranidad de los Kwai ha pasado por programas televisivos y secciones críticas en diarios sesudos; ha tenido, en fin, diversas oportunidades de colocarse bien y hacerse un hombre. Pero a Alpuente le pierde su afán de mantenerse fiel a lo que era, y por ello, porque este afán responde a las angustias y necesidades de tantos otros, su grito de guerra es seguido con fervor por legiones de treintañeros tan irredentos como él: vamos con toda la basca a la corte monegasca. De modo que, por las noches, el Carolina se llena de calvos que compiten en contorsiones con la juventud supuestamente arrabalera. «Demasiado cheli para hijo de la Kelly», canta Moncho, y los progres carrozas hablan del Carolina con unción: «es un local que tiene mucha gracia, está lleno de adolescentes del barrio, y llevan los tíos una marcha, cosa fina». Y así pasa lo que pasa, que cuando haces tu descenso triunfal por las escaleras de terrazo que conducen del anfiteatro a la pista del club, puedes observar que de las múltiples cabezas acometidas por los temblores febriles del «ska» (el baile de moda), la mitad por lo menos son de los tuyos, o sea, los de siempre, o sea, los irredentos, o sea, los carrozas, o sea, una misma. Y es que

la «cosa fina» quinceañera está siendo tragada por buscadores de sangre joven, por los vampiros de la eterna vitalidad, y a mucha honra. Porque los que no son vampiros ansiosos de mantenerse en la brecha son ejecutivos votantes de UCD, y eso es aún peor. Demasiado rockero para el facha de Rainiero, dice Moncho.

La verdad es que no sé por qué han cerrado el Carolina. El club ofrece selectas actuaciones: La Banda sin Futuro —directamente desde San Sebastián—, Los Plátanos, Los Pick-Up, Los Ejecutivos Agresivos, Geni y los Fénix, Los Flequillos. El escenario tiene el fondo recubierto de un papel de plata todo arrugadito, como si estuviera confeccionado con envolturas de caramelos mimosamente recolectadas o de pedacitos de albal previamente utilizados para envolver chinas de tate, porque ambas posibilidades cuadran con el ambiente del local, entre cándido y pasota. El sonido distorsiona cantidad, y Los Confiscadores de Polos, que son otro grupo rockero vasco, aumentan el barullo añadiendo a sus canciones un fondo de sirenas policiales, porque se ve que a los pobres les ha imprimido carácter la cosa del terruño. El ruido es terrible y las lenguas de espuma que salen impudicamente de los rajados sofás de foam retiemblan con la vibración como si estuvieran vivas. Por mucho que se piense, es absurdo que hayan cerrado el Carolina. Los jóvenes jovencísimos que allí van no hacen otra cosa que bailar, oír música y reencon-

trar a los amigos, son gente legal cuando se les entra legalmente. Pero deben ser demasiado rockeros para el facha del Rainiero.

(Si se piensa bien, el resultado de la redada es decepcionante, porque encontrar cuatro jeringuillas hipodérmicas, cuatro navajas —teniendo en cuenta además que las navajas son utilísimas para cortar el chocolate—, doce barras de hachís, un destornillador —y sopesemos en este punto la razonable hipótesis del motorista— y unos cuantos librillos de papel, no es un botín realmente espectacular para un viernes por la tarde y con el local repleto. La cosa es que el Carolina es un club pobre, un club adolescente, y las drogas duras y las pistolas son material de costosa adquisición —a no ser que el arma de fuego sea una herencia de familia—, y es de suponer que son más fáciles de encontrar en sitios caros, en clubes exquisitos. Por eso, una redada en algún local de elevada alcurnia y elegante clientela quizá diera resultados sorprendentes, sabrosas recolecciones de ferretería y papelinás, que esas deben ser las redadas que dejan satisfecho al funcionario que las hace, y no esta menudencia del club Carolina.)



## EL «CAROLINA»

Están todos, está toda la basca en la corte monegasca: el guitarrero, por ejemplo, ejemplar de la fauna nocturna que abarca diversas edades y viste de forma variopinta, pero que resulta fácilmente reconocible por la característica común que le da el nombre, consistente en su tendencia a atravesar la pista de baile en un pasmo, agarrado a una guitarra inexistente a la que saca sonidos al parecer supremos por el gesto de dolor-placer que pone al rasguerar el aire: los ojos cerrados, la boca apretada en un rictus de pasión, las piernas ligeramente flexionadas en las rodillas, de manera que camina a tumbos, como si se fuera a caer en el siguiente paso, pero no, no se cae, porque el guitarrero suele ser muy profesional en lo suyo, y sólo da tumbos para rubricar el supersónico del punteo irreal que se está tocando para el sólo. Luego están los Jolivid, que son aquellos especímenes que mamaron sus mitos de la pantalla del cine, mayormente tipos cuajaditos y ya cuatreños, que vivieron los primeros rock del circo Price y que hoy se reencuentran consigo mismos al cabo de un decenio que ha parecido un siglo. Son como Robert Mitchum con cazadora de genuino plástico que imita a cuero, como James Dean, pero sin la más remota posibilidad de descubrir el petróleo de «Gigante», porque para petróleos estamos ahora, precisamente. Se menean con gran cadencia caderil, llegan con amigos, pero al entrar al club se separan para que parezca que van solos —los héroes siempre fueron solitarios—, se apalan-can en la barra lustrándose despectivamente los clavos de la muñequera. Los Jolivid suelen sufrir mucho porque están empezando a quedarse calvos y el tupé abrigado ya no es ni sombra de lo que antaño fue; y sufren mucho, además, porque son duros por fuera pero tiernos de corazón, como las nueces. Luego está el intelectual maduro, que suele ser un poco mayor que el Jolivid y que no se disfraza ni de Mitchum ni de nada, aunque se quede con las ganas, porque está embarazado por el pudor que confiere el peso de la intelectualidad. El intelectual maduro ata como mucho foulards a su pescuezo y su secreta ambición es la de que la basca del local —demasiado cheli para hija de la Kelly— no advierta sus diferencias sociales o de edad, que le acepte como uno de los suyos. Y luego está la masa verdaderamente indígena, los adolescentes, un sí es no es punkeros. Pero la nueva ola de hoy está empeñada en parecer antigua, y se aplican

con notable brío a vestir ropas negras, correaes y clavos de aroma marcial, o pantalones estrechos y corbatines alámbricos tipo Beatle; ellas se maquillan muy de trágicas, con sombras amoratadas en los párpados, que parecen talmente sendos puñetazos, y se echan al cuerpo mucho abalorio plástico, mucha fosforescencia, mucha chapita con el nombre o la foto de sus grupos preferidos, y de nuevo el zapato de tacón de aguja, y el cardado, y la minifalda, y los chicos llevan el pelo corto y el grano purulento de la adolescencia bien al aire, porque ya no se llevan las barbas, y se respira mucha nostalgia de boquilla por épocas de las que ellos no pueden tener nostalgia vital, y echan de menos los guateques que nunca bailaron y los años cincuenta que no conocieron y los Estados Unidos como paraíso del neón y de la Coca-Cola. No es casual que sea en el Marquee, el otro club de moda semejante al Carolina, en donde se ha llevado a cabo la presentación de los Sirex. O sea, la re-presentación, porque los Sirex vuelven como plaga babilónica, los Sirex de la escoba vuelven al cabo de los años aprovechando que los años parecen querer volver sobre sí mismos, aprovechando que la nostalgia está de moda, aprovechando este miedo a mirar hacia adelante que está sacándonos los ojos por el cogote. Y teniendo en cuenta todo esto, parece aún más increíble que hayan cerrado el Carolina.

Si te fijas en la vida nocturna de Madrid, en el itinerario de la gente del rollo, la cosa está clara: los locales clásicos, como la Manuela, el Ruiz, la Via Láctea, el Sol de Mayo, siguen manteniendo un público fiel que toma allí su copa. Pero la moda está en los locales que ofrecen actuaciones en directo, aquellos que convocan a la gente joven, que ofrecen savia nueva para el cansado progre madurito: el Sol, por ejemplo. Y, sobre todo, el Carolina y el Marquee. También el Marquee es una discoteca muy antigua, que en su última etapa se llamó Top-Less. Si llegas temprano al club, cuando lo acaban de abrir, puedes advertir un ligero pero terraz olor a vómito en el aire. Son, de cualquier forma, vómitos con solera, heredados de etapas discotequeras anteriores, vómitos de muchos años de vomiteras: la moqueta conserva el perfil de los chorretones marcado de forma indeleble y son evidentemente chorretones arcaicos, casi un estrago geológico. El Marquee conserva casi todos los muebles que tenía antes, las mismas butaquitas

para ejecutivos o novios, o laboriosos hombres de negocios de Bilbao a su paso por Madrid, el mismo terciopelo marrón en las paredes como muestra de lujos pretéritos. Pero alguien ha arrancado los coquetos apliques de otrora y ha dejado los cables retorcidos al aire, y al iluminar más la sala con neones a la moda, se le ven más las lacras, su pretenciosa suntuosidad en vías de un desenfadado deterioro. No es casual que los dos locales de moda sean viejos, que estén estropeados, medio rotos: es la consagración del deterioro, la apoteosis de la ruina; hoy lo cutre parece ser la estética imperante, y esto no deja de tener su coherencia. Bien, pues pese a ello, van y cierran el Carolina, cosa que no entiendo.

Luego dan estadísticas sobre el aumento de la criminalidad, sobre el preocupante incremento de la delincuencia juvenil, se escandalizan porque los catorcañeros se echan a la calle en plan bestia, y, sin embargo, cuando en vez de echarse a la calle se reúnen pacíficamente en un club para divertirse como santos, como adolescentes que son, más aún, como adolescentes con ansias de guateque, bueno, pues una vez que se meten en un local en plan tranquilo, van y les cierran el club y son ellos mismos quienes les colocan de nuevo en la calle. No lo entiendo.

Y a todo esto, nos estamos refiriendo nada más a lo que se dice el casco urbano, porque hablamos de los clubes del rollo y sin embargo, como en todo, estamos hablando sólo del Madrid central. Nadie sabe, nadie dice, nadie escribe, por ejemplo, de los locales de Vallecas, o de ese club que hay en el Puente de Idem, que ha sido impulsado por la asociación vallequera, Vientos del Pueblo, en colaboración con algunos Hijos del Agobio, local que mantienen abierto a trancas y barrancas, porque la «madera» —como el personal, llama chelimente a los uniformados— les tiene, dicen, definitivamente aspadados. Están cerrando, están haciendo redadas en muchos locales del Madrid lejano y suburbial, y de ello no sabemos nada, quizá porque a esos clubes no llegan los intelectuales irredentos, quizá porque no están de moda. Yo, la verdad es que no entiendo por qué cierran el Carolina, por qué cierran los locales. Tal parecería que intentan imponer una mansedumbre excesiva, imposible, intolerable. O, lo que es peor, que de verdad no quieren que la basca ande mansa. ■ R. M.

Ilustraciones de PACHECO